

Domingo de Resurrección

Apóstoles 10, 34a. 37-43; Colosenses 3, 1-4; Juan 20, 1-9

«Asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró»

24 Abril 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo»

Hace poco me decía una persona una verdad que nos cuestiona en el corazón: «Es muy fácil proponerse un montón de cosas concretas y hasta hacer muchas de ellas, porque tienen un resultado inmediato y porque dan respuesta a la inquietud y al mismo tiempo obtienes resultados». Y es verdad, hacer cosas concretas es más fácil. Un plan bien trazado, un montón de recetas que no nos rompan los esquemas. A veces incluso parece más fácil obedecer que decidir algo por propia iniciativa. Tiene menos riesgos. ¿Qué tenemos que hacer para salvarnos? Es la pregunta grabada en muchos corazones. Como me decía esta persona: «Comes menos y de paso adelgazas, estudias más y de paso aprendes o consigues algo o sacas mejores notas, ayudas a los demás y te sientes aceptado y querido». Los actos concretos traen resultados concretos. Hacemos algo y logramos algo a cambio. La inversión de tiempo y esfuerzo parece merecer la pena. No correr riesgos tiene ventajas. Sin embargo, seguir a Jesús es más arriesgado: «Maestro, ¿dónde vives?» Es la pregunta con la que comienza toda conversión. Pero en seguida queremos resultados, frutos evidentes, señales claras, seguridades. Quisiéramos saber cómo va a ser cada paso. Por eso es tan dura la actitud distinta: «Pero, ¿confiar, confiar? Y luego, ¿qué?» Nos cuesta pensar en un seguimiento sin pasos concretos, en una llamada sin receta, en una confianza ciega y valiente. Parece demasiado arriesgado emprender un viaje sin ruta trazada. Demasiado audaz dar la vida sin controlar los pasos. Todo puede resultar al revés, puede salir mal. Es como si la vida fuera demasiado valiosa y nos diera miedo perderla por nada. **No queremos jugárnoslo todo de golpe. No vale la pena.**

Hoy somos testigos de la vida, de la Resurrección que nos commueve el corazón. Hacemos nuestras las palabras de Pedro, porque hemos visto que Cristo nos pide ser fieles hasta la muerte: «En aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: -Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque la cosa empezó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados». Apóstoles 10, 34a. 37-43. La fuerza de la vida nos commueve después de haber acompañado al Maestro hasta la cruz. La losa ha sido levantada y brilla la esperanza allí donde la muerte parecía tener la última palabra. **Los sudarios están colocados sobre el suelo. Como si todo hubiera sido un mal sueño. La vida vence.**

Pero antes hemos recorrido el camino de la Semana Santa. Comenzamos con María en Betania. Ella cogió un frasco de perfume y ungíó los pies del Maestro: «María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungíó a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume». Betania es lugar de descanso para

Jesús. Resucitó a su amigo para poder descansar en él y lograr que él sostuviera después a los discípulos cuando ellos tuvieran miedo. Es la escena del descanso y del amor que se entrega. Ese amor que se rompe y deja escapar su perfume. Sólo el amor partido logra dejar el ambiente marcado por su presencia. Pero para que el amor pueda derramarse es necesario que el frasco esté roto. Cuando queremos conservar la vida, la acabamos perdiendo. Cuando nos perdemos, cuando nos dejamos partir por la vida, por Dios, las cosas cambian y todo se impregna de un amor más grande, un amor divino derramado en nuestras frágiles manos. Es necesario llegar a veces al extremo para que Dios entre en nuestra vida. El otro día me decía una persona: «*Porque no entiendo que sólo respiro cuando me ahogo, me quedo tranquila cuando no puedo más, veo esperanza cuando desespero*». En la vida rota se derrama el alma y se entrega la vida. María ama a Jesús y derrama su amor, su alma, a los pies del Maestro. **Su vida se hace fecunda, da más vida.**

Ser testigos de la última Cena de Jesús con los suyos es una escuela de vida. Juan tiene esa amistad con Jesús que sobrecoge. ¿Qué tenía Juan en el alma? O mejor, ¿qué alma transparente tenía que lo hacía capaz de dar la vida? ¿Qué había visto que los demás no vieron? ¿Por qué se mantuvo fiel cuando nada era seguro? Un niño comentaba hace un tiempo: «*No entiendo una cosa, ¿por qué, si Juan fue el único fiel, Pedro se llevó todos los méritos?*» No es fácil entender lo que Dios busca. Creemos que busca perfección y quiere nuestra debilidad, creemos que busca aguantarlo todo y se conmueve con los que caen impotentes. No es tan comprensible el diálogo de las miradas y las palabras que encierran paradojas. Si eres débil eres fuerte, si caes podrás seguir a Jesús hasta la muerte: «*Adonde yo voy no me puedes acompañar ahora, me acompañarás más tarde. Pedro replicó: - Señor, ¿por qué no puedo acompañarte ahora? Daré mi vida por ti.*» No es fácil descifrar la luz del rostro. De ese rostro de niño que tenía Juan, del rostro de hombre de Jesús. Sólo es posible ver el amor a Jesús, ese amor tan grande. Ese reclinar su cabeza sobre el pecho del Maestro emociona. Sólo alguien que ha sido tan amado es capaz de permanecer callado ante tanto sufrimiento. Veo ese abrazo de María y Juan casi interminable; Jesús yace muerto. El abrazo de Madre que es la expresión más cálida del amor. El silencio que todo lo penetra. El velo rasgado y el templo conmocionado. Faltan palabras, más bien sobran. Un amor de gestos. Un silencio profundo. La cruz llena de sangre, el costado abierto. Juan mira a Jesús aquella noche y parece buscar respuestas. Importan tanto las miradas que las palabras sobran. Una mirada nos hunde o nos enaltece. Nos rebaja o nos eleva. Juan se supo amado con un amor eterno. Su alma se hizo vacía esperando ser llenada. Sin pretensiones, sin buscar la gloria. Lo que mejor hacemos es lo que Dios hace en nosotros. Aunque nos cuesta que otros hagan cuando nosotros no hacemos. Cuando nos olvidamos de hacer pasando a un segundo plano todo cobra sentido. Cuando no somos comenzamos a ser. El silencio del amor no necesita palabras. Él nos regala una mirada resucitada capaz de enaltecer. El camino hacia la cruz se compone de silencios y miradas. Corre el tiempo. **Las miradas construyen la historia, los silencios respetan el paso del amor que nos hace de nuevo.**

La mirada de Pedro es desafiante porque piensa que él puede solo. Tiene fuerza. Nada parece ser débil en ese cuerpo robusto. Es la piedra, el elegido, la montaña sobre la que se ha de asentar el Reino de Cristo. Ya no hay excusas. El tiempo juega a favor de los que controlan la vida. Han puesto en juego sus fichas y cuentan con la fuerza de ser fuertes. Dice J. Philippe: «*El Señor no desea que seamos autosuficientes y, como parte de su pedagogía, permite que a veces nos encontrremos incapaces de encontrar la luz y la paz por nuestros propios medios, una luz y una paz que no podemos recibir más que a través de otra persona a la que nos abrimos*». Pedro deja entonces su autosuficiencia. Ya no puede o al menos Jesús le muestra el camino, le recuerde que no puede. Y nosotros que queremos poder siempre nos desesperamos. La impotencia nos abruma. Es la experiencia de la propia vulnerabilidad la que nos salva: «*En el encuentro con los demás se manifiesta la vulnerabilidad*

*afectiva de la persona humana. Se manifiesta su manera de afrontar los obstáculos, cómo ha aprendido a convivir con su ser conflictivo y dividido, con su fragilidad*¹. En la forma de enfrentar nuestra debilidad se encuentra el camino de nuestra sanación. **En nuestra vulnerabilidad entra la luz de la Pascua e ilumina la oscuridad de nuestro pecado.**

Judas miró a Jesús y fue mirado por Él. Buscaba Jesús razones para entender. O tal vez una grieta en el muro de su alma para que penetrara su amor. Buscaba la razón del miedo. El sentido del odio. Aunque, en realidad, no era odio. Más bien era miedo. Todo muy humano. La traición es una palabra que duele el alma. Duele entender. Duele el silencio y el beso de muerte. Duele el olvido del amor y la elección equivocada. Jesús eligió a Judas. Judas olvidó la elección. Lo llamó como al resto de los suyos. Sabía cómo era, conocía sus heridas y su debilidad. Conocía sus pretensiones y vivió el enfriamiento de su amor. Porque Judas amaba a Jesús. Lo amaba mucho, lo amaba mal. Quería que Jesús realizara sus anhelos. Tenía grandes sueños. Tal vez eran demasiado humanos. Lo dejó todo para seguir a Cristo porque no quería conformarse con una vida mediocre. A veces se nos olvida que hemos elegido a Cristo. Él amaba a Jesús con la locura de los amados, de los que se sabían amados. *¿Qué pasó dentro de su alma? ¿Por qué cambió el seguimiento fiel por treinta monedas? ¿Merecía la pena?*

Mirar a Judas nos hace más realistas con nuestra propia vida y con nuestra debilidad. No estamos libres de la traición aunque la palabra nos asusta. Muchas veces seguimos a Jesús con pasión y creemos que seremos siempre capaces de dar la vida. Pero luego, cuando llegan las dificultades, nos olvidamos del primer amor. También nosotros tenemos pretensiones muy humanas, tal vez demasiado humanas. Nos hacemos una imagen de Dios y de nuestra vida y queremos que todo encaje bien, sin fisuras. Y si las cosas no encajan nos entristecemos. Sale todo al revés y nos entran ganas de hacer las cosas a nuestra manera. Sin contar con Dios, sin tener en cuenta su gracia. Lo vendemos todo por planes humanos más convincentes, a lo mejor más realistas, al alcance de nuestra capacidad. Y resuenan las palabras en el alma: «*Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar. Ellos, consternados, se pusieron a preguntarle uno tras otro: - ¿Soy yo acaso, Señor?*» Tentamos a Dios para ver si al final reacciona y hace lo que queremos. Judas no era malo, sólo era débil. Había escuchado hablar a Jesús de la misericordia, de ese padre que espera en el camino al hijo pródigo, pero creyó que su traición no era perdonable. Era un hombre bueno enamorado de Dios, generoso y valiente, pero débil. Tan frágil que la vida lo arrastra con su fuerza. La fuerza de la soberbia y del éxito, del triunfo convincente, de esa gloria pasajera que parece eterna. Era un hombre pobre que no soportaba el fracaso y acababa realizando él mismo sus temores. Cuando teme fracasar, desencadena el fracaso. **Teme la muerte de sus sueños y frustra sus pretensiones.**

Hemos acompañado a Jesús en su noche de oscuridad. Acabada la cena llegó la oración en el huerto. La soledad y el llanto. El sueño de sus discípulos y el beso de Judas. Espadas y violencia y como respuesta un simple reconocimiento: «*Yo soy*». Y los gritos y el miedo. Las carreras y las negaciones. La oscuridad de la noche del jueves sobrecoge. En Getsemaní se oye la voz del Señor suplicando que pase el cáliz. El huerto guarda silencio. Cristo acoge la cruz que su humanidad temía. El Padre Damián de Molokai al abrazar la cruz de su enfermedad decía: «*Seguro como estoy de la realidad de mi enfermedad, permanezco tranquilo y resignado e incluso me siento más feliz entre mi gente. Dios sabe lo que más puede contribuir a mi santificación y con ese convencimiento digo todos los días: "Hágase tu voluntad"*». Y al pensar en el camino que tenía que recorrer decía: «*Por eso no he querido tentar a Dios (pidiendo un milagro) convencido como estoy de que es su santa voluntad que muera de la misma manera y de la misma enfermedad que mis compañeros de aflicción*». Aceptar así la

¹ Gabriela Tripani, “*¿Por qué no puedo seguirte ahora?*”, 22

cruz es un don de Dios. El corazón se rebela ante la muerte. Decía Benedicto XVI: «*El criterio que guió cada elección de Jesús durante toda su vida fue la firme voluntad de amar al Padre, de ser uno con el Padre, y de serle fiel; esta decisión de corresponder a su amor le impulsó a abrazar, en toda circunstancia, el proyecto del Padre*». **Es la actitud de Jesús en esta noche de traiciones, de negaciones silenciosas, del rechazo más vulgar.**

En esta noche de sombras todos los miedos afloran: «*Seguro que tú eres uno de ellos. Además eres de Galilea*». Pedro oye la acusación y niega la verdad. Como nosotros tantas veces al sentir que nuestra imagen está a punto de desquebrajarse o cuando vemos que nuestro orgullo es herido sin poder evitarlo. Es el miedo a la injusticia. Demasiadas injusticias en una noche. Testigos falsos, acusaciones infundadas, miedo a dejar con vida a un hombre peligroso. Entonces la violencia es vencida por el silencio. Herodes no obtiene respuesta: «*Le preguntó muchas cosas, pero Jesús no le contestó nada*». El silencio de Cristo es violento. Tan violento que desarma a la misma violencia del hombre. A las infamias no recurre con agresiones, a las provocaciones no actúa violentamente. La impotencia de los hombres se hace violenta en Jesús. Creen vencer a Dios con gritos de odio y venganza. No comprenden nada y pierden la propia vida. Frente a sus gritos de rabia sólo hay silencio como respuesta. El silencio hiriente de Cristo desconcierta. No hay justificación ni búsqueda de razones. No hay justicia. Impresiona tanto silencio en una noche de gritos. Hay una Procesión de Semana Santa que se llama procesión del gran silencio. El silencio del hombre respetando el silencio de Jesús casi hiere nuestras entrañas. ***El silencio es el camino a la vida porque Dios habla con el silencio de su amor.***

La cruz fría cae hoy sobre el mundo. Cristo tiene sed de un amor más grande, Cristo, abandonado en la cruz, nos perdona. Su grito en la cruz ya abre el Paraíso. Cuesta ver la luz en medio de la noche. Asusta la muerte. Sólo la esperanza de tener Madre nos sostiene: «*Ahí tienes a tu Madre*». Nos la llevamos a casa. Es la luz que alimenta la esperanza. Un cuerpo muerto, vencido por el odio. Los sagrarios del mundo vacíos durante horas. Estamos solos. Con esa soledad tan inhumana. Tenemos miedo. Hoy ponemos en la cruz desnuda nuestros miedos, nuestra pobreza, el dolor que tanto nos pesa. Queremos ser Juan, o algunas de las mujeres. Porque su fidelidad nos maravilla. Necesitamos más fe para confiar siempre, para vencer los miedos y seguir el camino. En la noche y en el día. Los clavos nos hieren en las entrañas. Hace frío. Estamos solos. El frío y la soledad en tantos corazones. Es el frío que entra en el mundo al morir Dios en nuestras manos. Es la muerte de Aquel que nos da la vida. No comprendemos. Queremos hacer nuestras las palabras de Benedicto XVI: «*Dispongámonos a acoger también nosotros en nuestra vida la voluntad de Dios, conscientes de que en la voluntad de Dios, aunque parece dura, en contraste con nuestras intenciones, se encuentra nuestro verdadero bien, el camino de la vida*». Aceptar la cruz, besar nuestra cruz es el único camino. ¡Cuánto nos cuesta besar la cruz que nos hiere! **¡Qué difícil querer aquello que no deseamos!**

Las palabras del salmo en este día de esperanza y de vida nos muestran el sentido de la muerte: «*Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente*». Sal 117, 1-2. 16ab-17. 22-23. Dios actúa desde el árbol caído, desde el tronco verde que es despreciado por el hombre. Tanto amor que ha sido menospreciado. Tantos milagros pasados por alto. Aunque resucitó a un muerto, no bastó para cambiar los corazones. La muerte del viernes Santo rompe nuestras entrañas. Quisiéramos llegar a la Resurrección si pasar por la muerte. Morir no entra en nuestros planes. Queremos vivir para siempre, queremos un amor que no muera, una alegría que nunca desfallezca. Queremos vivir y la muerte nos violenta. Es demasiado cruel con nuestros sueños. Nos acercamos hoy como Verónica a limpiar el rostro ensangrentado de

los que sufren. En ellos se refleja el verdadero rostro de Cristo vivo. En el que sufre, sufre Dios. En el que muere, está muriendo Cristo. Verónica significa el verdadero rostro de Cristo. **En su sudario ensangrentado se refleja el rostro más perfecto.**

Hoy es un día de esperanza y de vida como escuchamos: «*Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria.*» Colosenses 3, 1-4. Hemos muerto con Cristo, nos hemos adentrado en su cruz y hemos vuelto a la vida. El viernes hemos ido a besar la Cruz y le hemos dicho al Señor que queríamos besar también nuestra propia cruz. Queríamos besar todo aquello que nos hubiera gustado que fuera de otro modo en nuestra vida, todo lo que no nos gusta cómo sucedió, lo que no nos gusta de nosotros mismos; nuestros miedos e inseguridades, nuestra desesperanza y soberbia, *esa tristeza tan nuestra que puede enmohercer el alma y la angustia que a veces nos duele en el corazón.*

Esta noche santa del sábado hemos corrido con María Magdalena hasta el sepulcro. El miedo y la esperanza, la angustia y las cadenas. Hemos querido correr la piedra y, al llegar, ya estaba descorida: «*El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: -Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.*» Es la alegría de la Pascua que hoy cantamos: «*Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza a gloria de la Víctima propicia de la Pascua. Cordero sin pecado que a las ovejas salva, a Dios y a los culpables unió con nueva alianza. Lucharon vida y muerte en singular batalla, y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta. ¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?*» «*A mi Señor glorioso, la tumba abandonada, los ángeles testigos, sudarios y mortaja. ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza! Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua.*» Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia que estás resucitado; la muerte en ti no manda. Rey vencedor, apiádate de la miseria humana y da a tus fieles parte en tu victoria santa». **Es un canto de esperanza y de vida, allí donde antes parecía reinar la muerte.**

Hemos corrido como los discípulos que tenían tanto miedo a perder la propia vida: «*Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.*» Juan 20, 1-9. Fueron capaces de dejar sus miedos, arriesgaron todo para ver si era verdad lo que decían las mujeres. Fueron capaces de salir de sí mismos, como nos lo recuerda el Hermano Roger de Taizé: «*En todo caso, siempre hay algo que es una certeza: no conocerás a Dios más que aceptando el riesgo de confiarle y de vivir. Jamás conoce a Dios una existencia replegada, volcada sobre sí misma, cerrada en sí. Exige una existencia expuesta, no protegida. Y esto no durante un periodo, sino cada vez más y para toda la vida. Atrévete ahora mismo a retomar este riesgo. Mientras tengas miedo a equivocarte jamás avanzarás porque no empezarás.*» Es el riesgo de seguir a Jesús. No hay un plan trazado con cuidado y meticulosamente. No hay una forma concreta de seguir los pasos. Tiene riesgo seguir esas manos que no hicieron más que el bien, esa voz que despertó la vida, esos pies que pisaron nuestros caminos. **Es un salto de fe, basta con fiarnos y creer.**

Ellos se arriesgaron y detrás de la roca y los sudarios caídos, vieron la vida y la esperanza. Dice Ernesto Khampa: «*En la medida en que seamos capaces de ver lo invisible seremos capaces de hacer lo imposible.*» Es así cómo se hizo vida en sus corazones la

esperanza de la Resurrección. Era cierto que todas las cosas las hacía nuevas. Y por eso sus corazones tenían la vida que describe San Pedro Damiani: «*Que resplandezca en tu rostro la serenidad, en tu mente la alegría, en tu boca la acción de gracias. Que la esperanza te levante ese gozo, que la caridad encienda tu fervor*». Tenemos el rostro rasgado y el alma herida. Sobre nuestro corazón una herida que nos atraviesa. Tal vez quisieramos no tener herida. Nos avergüenza porque ni siquiera sabemos ponerle un nombre. Nos duele sin llegar a comprenderlo. Nos sentimos humillados. Un clavo ardiente que penetra nuestra carne débil. Nos da miedo sufrir. No comprendemos el origen de nuestros dolores. Tal vez no es necesario comprender. Basta con caminar por el Calvario con el corazón tranquilo. Basta con suplicarle a Dios que nos haga de nuevo, que nos dé un rostro nuevo. Dice una homilía antigua: «*Contempla los salivazos de mi cara, que he soportado para devolverte tu primer aliento de vida; contempla los golpes de mis mejillas, que he soportado para reformar, de acuerdo con mi imagen, tu imagen deformada*». Nuestro rostro está deformado. **El rostro de Cristo nos da otro rostro, su rostro, una imagen preciosa de la eternidad.**

La Verónica sostuvo en sus manos una tela marcada con la sangre. Era la sangre de las heridas causadas por el odio. Sangre inocente derramada por nuestra vida. La sangre reflejaba el rostro verdadero. El único rostro que puede salvarnos. Hoy miramos a ese Cristo ensangrentado que vuelve a la vida. Cristo resucita con sus heridas, con su sangre. El otro día un niño de 3 años le preguntaba a su madre: «*Al resucitar Jesús resucita con su sangre. ¿Dónde guardan su sangre hasta que resucita?*» Es una pregunta tan humana, tan llena de inocencia. Pero a la vez profunda. ¿Quién sostiene la sangre derramada? ¿Dónde guardamos nuestra sangre derramada? Esa sangre es la vida que hemos perdido. Las esperanzas que nos han quitado. Son los clavos hirientes que nos hicieron perder sangre. Pero es también la sangre de tantos corazones heridos. Hay muchas vidas que han perdido su sangre. Y nosotros estamos llamados a ir con nuestro paño a recogerla. En él dejaremos la sangre que pierden cada día, con cada herida. En ese paño, lleno de su sangre, se reflejará un rostro, el de Cristo vivo. Es el milagro de esta noche santa que nos deja llenos de esperanza. Es el milagro de la sanación que Cristo con sus manos logra en el alma. Nuestra herida pierde sangre. La herida de tantos pierde su sangre. Nuestras manos quieren curar como las de Cristo. A veces herimos en lugar de sanar corazones. Pedimos que Cristo venza en nuestras manos. Cargamos esos sudarios ensangrentados para que Cristo devuelva la vida. Él nos hace de nuevo. ¿Dónde vuelve a brillar la vida en nuestra vida? **¿No es verdad que muchas veces estamos muertos, sin vida, sin sangre?**

Hemos vivido la noche santa que nos devuelve a la vida. Es la Resurrección que escapa a nuestros planes y deseos. Es la voz de Dios que nos llama a la vida: «*Alegraos. No tengáis miedo*». Queremos vivir de verdad, con plenitud. Queremos que su voz sea nuestra voz, que muchas veces hiere, ofende, desprecia. Queremos una voz nueva que enaltezca y eleve, que llame a la vida y alegre. Deseamos que nuestra voz se eleve a las alturas por encima de nuestras heridas. Los clavos duelen. El costado abierto nos escandaliza. Tenemos miedo. Vemos los sudarios caídos y sigue el miedo. Hace frío. Nuestro corazón es de piedra, frío y queremos un corazón de carne, como el de Cristo, lleno de vida y de fuego. La vida de Cristo llega como un fuego que todo lo calcina, como un viento que todo lo limpia. El fuego que purifica aquello que en nosotros es esclavo del pecado, lo que está muerto. La vida verdadera es lo que hoy cantamos. La victoria final siempre anunciada y deseada por el corazón. Cristo lo hace todo nuevo. Todo cobra vida en sus manos que pasaron haciendo el bien, haciendo milagros. Y su voz se convierte en nuestra voz. Ya no hay miedo. Vence la luz en esta noche. El cirio pascual cobra vida. La oscuridad es vencida. Cristo vive. Vivimos en Cristo. Sólo nos hace falta confiar, creer en un Dios capaz de lo imposible. Si no creemos en la vida, ni en los milagros, corremos el riesgo de permanecer en la muerte, viviendo sin la esperanza de la vida de Dios en nosotros. **Cristo nos pide que nos alegremos y aprendamos a confiar.**